

LABANDEIRA, Amancio. *Capitanes y frailes en California. Novela histórica*. Madrid, FUE, 2014, 333 pp., con dos mapas de California en 1769 y 1770.

Por *Stelio Cro*

Hay varios temas que se entrecruzan y complementan en la última novela del Profesor Amancio Labandeira que, además de su labor docente en la Complutense, se conoce por su actividad multifacética como Patrono-Administrador de la Fundación Universitaria Española. El primer tema, y el que constituye la parte más original de la obra, es la cuidadosa reconstrucción de los acontecimientos relacionados con la llegada a California en 1769 del visitador José de Gálvez, dos años después que el nuevo gobernador de California, don Gaspar de Portolá, había supervisado la expulsión de los jesuitas ordenada por el gobierno de su Majestad Carlos III de Borbón. Los detalles de la llegada del visitador y de las implicaciones que eso representa para California se comunican al lector por intermedio de las conversaciones que en el fuerte de San Diego ocurren entre el capitán Fernando Rivera y Moncada y su ayudante, el pilotín José Cañizares. Podríamos definir esta novela de Labandeira como micro-historia, rica en detalles que interesan a la población de California en la que soldados españoles, neófitos indios, misioneros e indios rebeldes componen un mosaico de acontecimientos que han dejado su marca en la actualidad de esa región de Estados Unidos.

Como parte del virreinato de la Nueva España, y frontera occidental del imperio más grande de la historia, California se vio a menudo amenazada por la invasión de las flotas del imperio ruso y de los piratas ingleses, todas situaciones magistralmente interpretadas por el autor que alterna la documentada narración de los hechos con anécdotas entretenidas como la del desafío del cacique indio al Padre Tirsch, misionero jesuita de la misión de Santiago de los Coras. Los discípulos de su clase, en su mayoría neófitos indios, asistieron, admirados y divertidos, al espectáculo del padre misioneros que, ante las provocaciones e insultos del cacique, se quitó su hábito sacerdotal mostrando, desde su altura de siete pies, sus músculos al cacique que “después de lanzar un baladro salvaje” huyó despavorido gritando “Dios mío, Dios mío” (p. 101).

Con el capítulo V nos encontramos con el tema de la visita al fuerte del gobernador Portolá, ocasión para que el pilotín Cañizares, que está escribiendo la crónica de California, le pregunte pormenores del gobernador, amigo del capitán Rivera. En la

reseña que Rivera da de su amigo se incluye la coincidencia de la expulsión de los jesuitas, expulsión que Rivera considera como resultado de intrigas de corte, donde circulaban falsos rumores sobre los jesuitas como “que los jesuitas tienen un ejército con diez mil mosquetes y hasta una importante flota” (p. 113).

Durante su visita a la misión de Loreto, Portolá leyó el decreto de expulsión de 1767, evidenciando su convicción de la inocencia de los misioneros jesuitas. A los padres reunidos en la misión de Loreto desde donde salieron para su exilio, la población mostró gran afecto (p. 119). Rivera critica los planes de Gálvez de fundar otro virreinato al noreste de California, ayudado por Manuel Vázquez de León, aventurero ambicioso y prepotente, el arquitecto, junto con Gálvez del plan de la creación de una Comandancia donde al norte gobernaría Vázquez de León y al sur Gálvez, pero nada se hizo de esos planes ambiciosos (pp. 129-134). Es en este punto tan importante de los acontecimientos contados en la novela que un tercer tema se agrega a los anteriores: la llegada a la misión de San Diego, a los cuatro meses de la salida de los misioneros jesuitas, del misionero franciscano fray Junípero Serra, el 1º de julio de 1769. Allí, como momento culminante de la ceremonia de recepción del padre presidente, su sermón conmemora el beato hermano Diego en cuyo nombre se ha bautizado el puerto de San Diego (pp., 147-150). Después de la toma oficial de San Diego por el gobernador Portolá, se celebra el baile de las indias que festejan al franciscano “de manera que movían los pies con gran rapidez y lo acompañaban con grandes saltos que, normalmente, dejaban al descubierto las partes íntimas de las jóvenes, y una vez que hubieron terminado, el padre Serra, totalmente embelesado por el espectáculo, exclamó: —¡Como los ángeles! ¡Son como los ángeles!” (p. 152). Este tema pone al descubierto diferencias entre militares y misioneros. Rivera y Portolá están de acuerdo en que los misioneros franciscanos exageran en su trato amistoso con los indios, afirmando que los franciscanos “tienen que saber que la espada va por delante de la cruz, y que si quieren adoctrinar infieles antes se deben pacificar estas tierras” (p. 154).

Otro tema de importancia es la exploración que incluye el descubrimiento de la bahía de San Francisco. El hallazgo ocurre durante la expedición de Portolá para encontrar el puerto de Monterrey, expedición que salió de San Diego el 14 de julio de 1769. En la expedición Rivera está encargado de descubrir nuevas sendas en un terreno no explorado. El 18 se descubrió el valle de Capistrano y poco después la bahía de San Francisco. Después de quedarse sin vituallas el capitán Rivera opinó que se debía informar a la corte de Madrid que no se había hallado el puerto de Monterrey, pero que la expedición había encontrado más al norte un puerto más amplio (pp. 202-205).

El tema de las diferencias entre militares y misioneros es el que domina en la novela hasta su epílogo. Se destacan el heroísmo de los militares en abrir nuevas sendas

para ampliar la pacificación de California y la vocación de los misioneros al enfrentarse con lo desconocido. La falta de víveres en San Diego obliga al gobernador a enviar una expedición al mando de Rivera a Velicatá hacia el 10 de febrero de 1770. En ese viaje se muestra la fe de algunos misioneros, como el franciscano Gómez que “confiaba en sus fuerzas y en su formación religiosa para salir airoso de todas las dificultades que se presentase en su camino” (p. 233). Mientras acude a reunir provisiones para San Diego, Rivera se entera que cuando los jesuitas fueron expulsados de Loreto, los neófitos abandonaron la misión y sólo volvieron a puerto Escondido cuando se enteraron que allí hacían escala el 5 de julio de 1769. Los neófitos fueron a verlos y les trajeron fruta y comida, provocando la afirmación del capitán Rivera que “algo bueno habrán hecho los jesuitas cuando los pobres neófitos se interesan tanto por ellos” (p. 267), comentando la falta del gobierno de Madrid que, sin pensar en las consecuencias, había decidido expulsar a los jesuitas poniendo en peligro el más grande imperio de la historia (p. 272). Portolá vuelve a salir para Monterrey y ordena al capitán Pérez que navegue hacia Monterrey para asegurar vituallas para la expedición. El 4 de julio de 1770 llegaron de Monterrey tres mensajeros con correo para San Diego, Loreto y México. Además de las cartas, el correo traído de Monterrey contenía “arena, piedrecitas, semillas, frutos secos, flores marchitas, raíces y huesos de pájaros y peces” (p. 308). En el correo hay una carta de Portolá para Rivera en la que le ordena que se dirija cuanto antes a Monterrey con el ganado y los pertrechos que considere oportunos. En otra carta, escrita a Rivera por el cabo Mariano Carrillo, Rivera se entera del mal comportamiento del teniente Fages con los soldados de cuera a los que había castigado sin razón y además insultándolos. En la carta además Carrillo le informaba que el teniente Fages había sido nombrado vicegobernador de California (p. 313). En el epílogo de esta novela histórica de gran interés para la historia de California, se cuenta la jubilación del capitán Rivera y su vida de civil como granjero en Guadalajara con su familia el 15 de enero de 1772 y, dos años después, el 25 de mayo de 1774, su pedido para ser reintegrado en el ejército. Rivera tomó posesión de Monterrey de capitán comandante de los presidios de la Nueva California. Allí se encontró con personas conocidas como fray Junípero Serra, Pedro Fages, Juan Crespí y el capitán Juan Pérez, al mando de la fragata Santiago. Unos días después, el 8 de junio, llegaba el pilotín Cañizares, capitán del paquebote San Antonio.